

Las identidades soñadas de Bilbao.

Fuentes y contextos históricos para el análisis de las secuencias de los imaginarios urbanos de una villa vasca (siglos XVI-XIX)*

Dr. José Carlos Enríquez

Universidad del País Vasco - Euskal Herriko Unibertsitatea

Desde el siglo XVI son numerosas las descripciones que tratan de caracterizar y definir la naturaleza urbana de la villa de Bilbao. Todas pretenden bosquejar la identidad, el carácter de la ciudad. En muchas domina la recreación, en algunas la ensañación; muy pocas objetivan la realidad histórica de la villa. Sin embargo, unas y otras constituyen diagnósticos puntuales de un imaginario urbano que secuencializa la historia de Bilbao desde los orígenes remotísimos a un futuro de esplendor y gloria. Este imaginario urbano es muy redundante en los presupuestos que expresa y en las idealizaciones que evoca. Bilbao es ciudad no sólo porque sea una mera aglomeración de hombres, sino porque éstos habitan en unos edificios bien alzados, transitan por unas calles y plazas correctamente delineadas, se surten en unos mercados intramuros que no conocen carestías y son gobernados por unos notables celosos del interés colectivo. En esta urbe “inventada” se ubica una comunidad imaginada que sublima los enfrentamientos y conflictos, que acentúa la vocación integradora de sus vecinos y que tiene a gala auto(re)presentarse como una República Honrada, sin duda la mejor síntesis del título que blasona a la Muy Noble y Muy Leal Villa de Bilbao

Bilboren nortasunen birsorkuntza. Irudipenezko hiritik irudikatutako komunitatera (XVI-XIX. mendeak)

XVI. mendez geroztik asko dira Bilbo hiriaren ezaugarriak eman eta nolakoa den zehaztu nahi duten azalpenak. Denak gura dute hiriaren izaera eta nortasuna adierazi. Batzuetan errekreazioa da nagusi, beste batzuetan, berriz, ametsa; gutxi dira objektiboak hiriaren errealitate historikoarekin. Alabaina, batzuk zein besteak, hiriaren antzinako sorreratik etorkizun handi eta disdiratsura doan eta Bilboren historiaren sekuentziak ematen dituen irudipenezko hiriaren aldiak aldiko diagnostikoak dira. Irudipenezko hiri hau oso erredundantea da azaltzen dituen aurretiaz finkatutako oinarrietan eta gomutatzen dituen idealizazioetan. Bilbo ez da hiria bertan jendea pilatzen delako soilik, ezpabere ze jende hori ondo eraikitako etxeetan bizi delako, egoki trazatutako kaleetan eta plazetan dabilelako, harresi-barruko merkatuetan egiten dituelako erosketak eta denen onura arretaz bilatzen duten gobernariak dituelako. Asmatutako hiri honetan irudikatutako komunitatea dago kokatuta, liskarrak eta gatazkak gorapatzen dituena, bertako herritarren bokazio integratzailea nabarmentzen duena eta bere burua harro aurkezten duena Errepublikak Prestu bezala, duen Bilboko Hiri Txit Zintzo eta Leial titularen laburpenik onena zalantzarik gabe.

Recreations of the identities of Bilbao. From the urban imaginary to the imagined community (XVI-XIX centuries)

From the XVI century onwards numerous descriptions have been made that have tried to characterise and define the urban nature of the township of Bilbao. All have attempted to sketch the identity, the character of the city. Many have been marked by their recreational character, some by dreaming; very few give an objective view of the historical reality of the township. Nonetheless, all constitute timely diagnoses of an urban imaginary that divides the history of Bilbao into sequences, from its remotest origins to a future of splendour and glory. In this urban imaginary there is a great abundance of suppositions expressed and idealisations evoked. Bilbao is a city not only because it is a mere agglomeration of people, but because the latter live in well constructed buildings, they walk in streets and squares that are correctly laid out, they obtain supplies in urban markets where there are no shortages, and they are governed by notables who are jealous guardians of the collective interest. In this “invented” city an imagined community is situated that sublimates confrontations and conflicts, that accentuates the vocation for integration of the residents and that makes a show of presenting itself as an Honest Republic, without doubt the best synthesis of the title which extols the Very Noble and Very Loyal Township of Bilbao.

* El presente ensayo constituye una somera introducción a los problemas teóricos y metodológicos derivados del estudio en profundidad de las relaciones entre los imaginarios urbanos y las comunidades imaginadas que, desde la Baja Edad Media hasta la industrialización y el obrerismo, fue formulando la villa de Bilbao. El texto definitivo constituye una reflexión excesivamente larga, superior a las 120 páginas, desbordando los criterios y límites del espacio otorgado a cada ponencia para su publicación por parte de la revista Bidebarrieta.

La relación del hombre con la ciudad siempre ha sido conflictiva. Con mucha más frecuencia de lo que estamos acostumbrados a creer, el uno y la otra no siempre caminan en la misma dirección.. Mientras que aquél vive en el seno de ella un estricto lapso temporal, ésta protagoniza una secuencialidad estructural y sistemática. Ahora bien, tanto el hombre como la ciudad se funden en un abrazo generativo y tectónico que singulariza a ambos. Hecha, deshecha o rehecha por aquél y en permanente mutación con él, la ciudad le cobija, le da oportunidades de trabajo, le granjea diversiones y expectativas socializadoras y, al final, le entierra. La ciudad es una experiencia constructiva de carácter agregativo, amalgamada por la promiscuidad de estéticas singulares de las sucesivas generaciones históricas. La ciudad, en suma, constituye un vasto escenario para el debate entre quienes la habitan porque, siendo de todos y no perteneciendo a nadie, su entidad abierta favorece la crítica y ensalza la utopía liberadora. La ciudad es material y tangible, acogiendo sin perturbarse todas las calificaciones posibles. Puede ser –de hecho lo es, incluso al unísono– hermosa, fría, sucia, plácida, cálida, seductora, desalentadora, agobiante, ordenada, caótica Así y de otras formas inimaginables se presenta ante nosotros, porque la ciudad es un invento humano carente de evolución automática que nunca dejará de saciar nuestra profunda identidad creadora, simbólica y soñadora.

¿Qué es?, ¿cómo funciona?, ¿bajo qué premisas se construye, se reconstruye, se expande, se degrada o contrae ese organismo vivo que todos protagonizamos y que denominamos ciudad?. Trataré de dar las respuestas adecuadas y oportunas desde la perspectiva de mi oficio de historiador. Pero antes conviene fijar los marcos del discurso, apuntalar las claves interpretativas y pergeñar los caminos del recorrido argumentativo. Sostendré, entre otras, la siguiente tesis: el Bilbao histórico, aquél que se extiende entre los siglos XVI y XIX fue el resultado de un programa urbano diseñado por hombres, un proyecto arquitectónico que requería la mixtura previa de imaginación y racionalidad, condicionado por los desarrollos temporales, los conocimientos técnicos y las necesidades materiales, y, en consecuencia, sometido al fenómeno de la caducidad, pues no en vano la ciudad amurallada del siglo XVI nada tiene que ver con la ciudad ensanchada que promovió la industrialización decimonónica. Es en esta diacronía donde deben insertarse los parámetros de las recreaciones identitarias de la villa, subrayando lo estructural y permanente –en el sentido braudeliano del término– y discerniendo los progresos del imaginario urbano de manera secuencial. Más allá de la mera geografía de la urbe, de los cambios en los paisajes construidos, se vislumbra la entidad –también cambiante, por supuesto– de la comunidad bilbaína, de sus hombres y mujeres, ya que entre el imaginario urbano y la vecindad que la produce y postula existe un sorprendente y mal conocido mecanismo de continuidad.

Ciertamente, los estudios sobre nuestras ciudades son más bien escasos, centrándose los existentes en las prácticas edificativas o en los contenidos

artísticos de las mismas¹. Tampoco se han aislado y analizado de manera suficiente las características que distinguen la producción y el consumo culturales de las ciudades de la Modernidad peninsular, es decir, lo que califica –permítase la redundancia– a la cultura urbana de “urbana”². Lo dicho no significa, en absoluto, que estemos en pañales. La abundante aportación historiográfica producida en los últimos treinta años ha erigido un denso mapa cartográfico de las categorías que vertebran, caracterizan y definen a la ciudad preindustrial. Esta se nos aparece como escenario político, administrativo y residencial, como lugar de mercado, como centro mercantil y menestral y como espacio identitario de una comunidad dada³. Si consideramos globalmente todas estas distinciones acotadoras parece difícil negar a Bilbao su carácter de ciudad, que, por otra parte, podría quedar en entredicho si históricamente considerásemos en exclusiva el reducido número de sus habitantes y la naturaleza de su aglomeración urbana, tal y como observan los historiadores de la urbanización europea a la hora de calibrar y tildar lo que es propiamente una ciudad⁴. Sin embargo, la erección tanto del imaginario urbano preindustrial como de lo urbano propiamente dicho no es una cuestión de cantidad sino de calidad. Bilbao tuvo siempre en el comercio su razón de existir. De hecho, esa es su forma de autopresentarse, y esa es también la manera en la que los hombres del pasado la definieron y recrearon. Si Madrid, Roma o San Petersburgo, citando ejemplos conocidos, se convirtieron en arquetipos de ciudades cortesanías y parasitarias, Bilbao, Barcelona, Manchester o Milán se distinguieron por su industriosisidad y dinamismo⁵. Al igual que el estilo de vida de las élites mercantiles de algunas ciudades holandesas sirvió para articular una definición de una particular cultura nacional, el de la mesocracia bilbaína, con sus experiencias económicas y prácticas políticas, con sus formas de percepción, pensamiento y acción, apuntaló una identidad –se comparta o rechace– singular y específica frente al entorno rural y foral que la sitiaba, hasta el punto de constituirse en seña nucleadora de entidad urbana, de cohesión y “progreso” y en referencia axial de un antagonismo secular. No es propósito de este ensayo profundizar en las percepciones dicotómicas, claramente conflictivas y enfrentadas, que a lo largo de los últimos siglos enarbolaron Bilbao y

¹ I. Galarraga y L. Peña Ganchequi, “Hingintza. Construcción de la ciudad”, en *III Seminario de Antropología Vasca*. Bilbao, 2-7 abril 1973. La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1976. Tomo II, vol. IV, pp. 277-310.

² J. Amelang, “Aspectos de la cultura urbana en la España Moderna”, en J.I. Fortea Pérez (ed.), *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la Corona de Castilla. (Siglos XVI-XVIII)*. Universidad de Cantabria. Santander, 1997, p. 87.

³ M. Weber, *La ciudad*. Madrid, 1987, esp. pp. 1-23, 52-55 y 145-158; F. Braudel, *Civilización material y Capitalismo, siglos XV-XVIII*. Madrid, 1984, vol. I, pp. 420 y ss.; P.M. Hohenberg y L.-H. Lees, *La formation de l'Europe urbaine, 1000-1950*. París, 1992, esp. pp. 68-103.

⁴ J. de Vries, *La urbanización de Europa, 1500-1800*. Barcelona, 1987, *passim*.

⁵ I. Robertson, *Los curiosos impertinentes. Viajeros ingleses por España desde la accesión de Carlos III hasta 1855*. Madrid, 1988, pp. 138 y ss.

la Tierra Llana. En todo caso son importantes, constituyendo un sedimento de identidad y representación para ambas polaridades. El texto que reproduzco a continuación resume los símbolos y significados de este debate desde la perspectiva bilbaína, sin que precise de mayores aclaraciones por mi parte: *Nunca hay concierto armónico entre los pueblos vecinos cuando de una parte lucha lo rural, lo viejo, lo que es conservadurismo y reacción, y de la otra lo que es cultura, civilidad, ciudadanía, ansias de liberalismo y de progreso de los pueblos nuevos. Y en esa batalla campal, unas veces sorda, y otras de guerra declarada, ha tenido que sostenerla muchas veces Bilbao, la Villa Invicta de las Libertades, del Progreso, contra los elementos campesinos, ruraliegos de pensamiento, que siempre han tratado de abogar en sangre las expansiones de Bilbao hacia el mar donde está su Puerto y su vida (...) Las guerras de bandería y la famosa Zamacolada para construir el Puerto de la Paz, las guerras civiles que ensangrentaron este suelo, no fueron otra cosa que luchas entre lo campesino y civilizado para ver quién había de imperar. Pero de tales luchas Bilbao salió robustecido, siempre fortificado, con nuevo brío y nuevo temple para aspirar a más y más, a lo que tiene perfecto derecho, ya que es obra de sus hijos toda la riqueza que existe desde Galdacano al rompeolas del Puerto ... (Bilbao) fue avara de sus Libertades gloriosas y supo luchar y triunfar del dominio absolutista de sectas que se mueven en la sombra y manejan ocultos poderes*⁶.

Gigante comercialmente y liliputiense demográficamente, Bilbao jamás podrá quedar reducida por semejante visión bipolar⁷. Desde que se instituye

⁶ F. Verdejo Iglesias, "El Bilbao expansivo. Lo que es y lo que debe ser", en *Vida Vasca*, nº 2 (Bilbao, 1925), pp. 47-49. Véase además M. Basas, "Un antagonismo secular: el de Bilbaínos y Vizcaínos", en *I Semana de Antropología Vasca*" (Bilbao, 6-12 abril, 1970). La Gran Enciclopedia Vasca. Bilbao, 1971, vol. I, pp. 367-395; A. Trueba, *Bosquejo de la organización social de Vizcaya*. Bilbao, 1970, *passim*. En relación a los valores de ensoñación que enarbó la Tierra Llana durante los siglos modernos, remito al texto de J.A. Moguel, *Peru Abarka. Catedrático de la Lengua Vascongada en la Universidad de Basarte. Diálogos entre un rústico solitario vascongado y un barbero callejero llamado Maisu Juan*. Bilbao, 1981 (la obra fue escrita a finales del siglo XVIII), donde se recrea el mundo rural vasco, enjuiciándolo muy positivamente, frente a la corrompida y lasciva ciudad encarnada aquí por un cirujano ocioso y prepotente. La ficción literaria ha sido estudiada por P. Bidart, "Peru Abarka: espace imaginaire et paradigme perdu", en P. Bidart (ed.), *La production sociales des espaces*. Pau, 1986, pp. 27-47; y J. Juaristi, "La literatura vizcaína entre 1789 y 1808", en VV.AA., *Bizkaia, 1789-1814*. Bilbao, 1989, pp. 129-144. Los contextos históricos, en J. Garate, *La época de Pablo Astarloa y Juan Antonio Moguel*. Bilbao, 1936; y A. Irigoyen, "La época de Astarloa, Moguel y Humboldt, en Euskal-Herria, 1789-1850", en *Actas del Coloquio Internacional de Estudios Vascos* (Burdeos, 3-5, mayo, 1973). Bayona, 1978, pp. 148-166.

⁷ El hecho de que el predominio económico de Bilbao no se tradujese en primacía demográfica (véase R. Lanza García, "Ciudades y villas en la Cornisa Cantábrica en la época Moderna", en J.I. Fortea, op. cit., pp. 177-179), extremo este que habría de probarse, no puede explicarse por variables externas, por la dispersión de las funciones comerciales, la rigidez aduanera, la especialización financiera, las dificultades de transporte o la insuficiencia caminera. Bilbao colonizó con fuerza urbanizadora todo su espacio jurisdiccional, mucho antes de que finalizase el Setecientos, resolviendo -de manera inadecuada- el asentamiento de su población verticalmente, como consecuencia de una estructura de la propiedad inmobiliaria muy constreñida, diría casi feudal. En relación con el escaso espacio jurisdiccional de la villa, P. Feijoó Caballero, *Bizkaia y Bilbao en tiempos de la Revolución Francesa*. Bilbao, 1991, p. 124.

como villa, allá por el año 1300, avanza con todos los atributos de una ciudad: se aglomera en calles, plazas y cantones, residencia la cúpula del poder político de la Provincia y del Reino, estancia todos los desarrollos burocráticos y administrativo del Estado Absoluto, Liberal y Restaurado, organiza una gestión municipalista para sus cuarteles y arrabales, normaliza la concurrencia económica con mercados especializados diarios y ferias de temporada, canaliza con ansiedad bulímica el giro mercantil a escala local, regional e internacional, favorece el trabajo agremiado y corporativo y nunca dejará de ensalzarse como una ciudad de Dios. Entre el Quinientos y el Novecientos, Bilbao, sea de madera, de piedra, de ladrillo, de hierro, de cemento y de ensueños, busca con tesón –con independencia del estadio histórico en el que nos encontremos– tal proyección totalizadora. Para esa tarea no escatimará ningún esfuerzo, sean propios o ajenos. Mi propósito aquí es revelar los segundos, aunque sin descuidar los primeros. Con el estudio de sus identidades recreadas quedará desvelado un imaginario urbano sublimado, el que une a sus naturales con los edificios que habitan y la ciudad en que viven, y sobre los cuales el pasado literalmente pesa como un sueño o como una pesadilla en el corazón y la cabeza de los vivos.

Las fuentes de la representación del imaginario urbano y de la concomitante comunidad imaginada son innumerables, diría incluso que vastísimas. Entre las primeras, es decir, las generadas en y/o por el propio ámbito urbano, podríamos distinguir las historias de la ciudad, las descripciones puntuales, los cronicones, las biografías de varones ilustres, las genealogías de linajes urbanos, los mapas y planos locales, la heráldica municipal, los libros de ceremonias del Concejo, la literatura arbitrista y mercantilista, las relaciones de fiestas, las guías de forasteros, los certámenes poéticos y lógicamente la documentación municipal, notarial y judicial. Con respecto a las segundas, o sea, aquellas producidas por agentes foráneos a la ciudad, habría que destacar las historias generales, la literatura viajera, los informes oficiales, los manuales de buena educación cívica y un largo etcétera⁸. Con las enumeradas no se agota el plantel credencial urbano. Hay fuentes intermedias, transaccionales, caso de las relaciones de sucesos, los informes de visitantes políticos y eclesiásticos, la literatura de “avisos”, toda la variopinta suerte de manifestaciones impresas o manuscritas, como las hojas volanderas, los libelos y el primer periodismo, y las fuentes de la intimidad, los diarios, los libros de memorias y las cartas familiares⁹.

⁸ F.J. Aranda Pérez, “Mecanismos y fuentes de representación del poder de las oligarquías urbanas”, en F.J. Aranda Pérez, *Poderes Intermedios, Poderes Interpuestos. Sociedad y Oligarquías en la España Moderna*. Universidad Castilla-La Mancha. Cuenca, 1999, pp. 162 y ss.

⁹ A. Marcos Martín, “Percepciones materiales e imaginario urbano en la España Moderna”, en J. I. Fortea, op. cit., p. 18.

¿Qué aportan estas fuentes a la construcción del imaginario urbano bilbaíno? Ante todo, historian el mundo de las sensaciones urbanas a partir de las cuales es posible colegir los tránsitos de la villa durante todo el Antiguo Régimen. Pero conviene que nos detengamos y evaluemos críticamente las ofertas que proyectan y contienen. Paradójicamente, Bilbao en sentido estricto no tiene una historia propia hasta el siglo XX¹⁰. Fue Teófilo Guiard, archivero municipal, quien acometió la titánica empresa de compendiar la historia de la Villa y su Consulado en el transcurso de las dos primeras décadas del mencionado siglo¹¹. El resultado fue un corpus de numerosos y gruesos volúmenes, trabado por los cánones dirigistas de la historiografía positivista. La ansiedad expositiva queda reducida a la transcripción documental. Todo se agolpa caótica y magmáticamente, si bien las temáticas reseñadas son pertinentes y bien seleccionadas. En todo caso, nadie podrá negar que esta Historia de Bilbao es el mejor intento de dotar a sus moradores de unas raíces y unas tradiciones comunes, aunque su autor no oculta su simpatía por el estatus preponderante alcanzado por la mesocracia y oligarquía urbanas, hasta el punto de impregnar el sistema de valores de tales hegemonías históricas a todo el cuerpo social. Otro tanto podríamos decir de las distintas historias locales que enraciman la historia de la modernidad bilbaína¹². Ya se trate de Pedro de Medina,

¹⁰ En efecto, la abundante y desigual aportación historiográfica decimonónica suele integrar la historia local bilbaína en el contexto provincial vizcaíno y regional vasco, siendo frecuente una apuesta descriptiva postergadora de Bilbao por parte de numerosos autores, en buena medida porque la ideología foralista a la que se adscriben está en franca oposición a la liberal que patrocina la ciudad del Nervión. Véase, entre otros, P. Novia de Salcedo, *Defensa histórica, legislativa y económica del Señorío de Vizcaya y provincias de Alava y Guipúzcoa*. Librería de Delmas e Hijo. Bilbao, 1851 (3 vols.); A. Artiñano Zuricalday, *El Señorío de Vizcaya, histórico y foral*. Establecimiento tipográfico de Mariol y López. Barcelona, 1885; A. Méndez de la Torre, *Historia. Provincias Vascongadas*. Imprenta y Litografía Bilbaína. Bilbao, 1900. Cuando la apologética foralista no vertebra el discurso histórico, otros vectores ideológicos son primados a la hora de elaborar la praxis historiográfica, como la religión en el caso de E.J. Labayru y Goicoechea, *Galería de bascongados ilustres en religión*. Imprenta Católica de San Francisco de Sales. Bilbao, 1893; las instituciones jurídicas, caso de N. Vicario y de la Peña, *Derecho consuetudinario de Vizcaya*. Imprenta del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús. Madrid, 1901; el compendio etnográfico insuficientemente estructurado y comprendido, caso de L. Velasco y Fernández de la Cuesta, *Los Euskaros de Alava, Guipuzcoa y Vizcaya. Sus orígenes, historia, lengua, leyes, costumbres y tradiciones*. Imprenta de Olivares. Barcelona, 1879; las insurrecciones del pasado vizcaíno, abordadas con criterios presentistas para legitimar la irrupción del primer nacionalismo sabiniano, caso de E. Delgado Martín, *Rebeliones en Vizcaya en el siglo XVII*. Tipografía de Manuel G. Hernández. Madrid, 1890; o la historia político-institucional y fáctica, como es el caso de quien llegase a ser alcalde de Bilbao en 1870, el liberal “sui generis” F. de Sagarminaga, *El Gobierno y Régimen Foral del Señorío de Vizcaya desde el reinado de Felipe II hasta la mayor edad de Isabel II*. Astuy. Bilbao, 1892 (8 vols.).

¹¹ T. Guiard, *Historia de la Noble Villa de Bilbao*. Bilbao, 1908 y 1971 (2), 4 vols. Idem, *Historia del Consulado, Casa de Contratación de Bilbao y del Comercio de la Villa*. Bilbao, 1914, 2 vols.

¹² La evolución y evaluación del corpus histórico vizcaíno y bibaíno puede seguirse en A. de Mañaricua, *Historiografía de Vizcaya. (Desde Lope García de Salazar a Labayru)*. Bilbao, 1973, y más recientemente, aunque privilegiando la crítica de las literarias generaciones del Ochocientos vasco, en J. Juaristi, *El linaje de Aitor. La invención de la tradición vasca*. Madrid, 1987.

de Andrés de Poza o de Gabriel de Henao, doctos hombres del Renacimiento y del Barroco, o de Estanilao Labayru, Antonio de Trueba, Pedro Novia de Salcedo o Camilo de Villabaso, historiadores y políticos del Ochocientos, unos y otros pergeñan en sus descripciones de la ciudad un imaginario urbano bilbaíno muy efusivo a la hora de narrar las excelencias y grandezas de la ciudad historiada, manifiestamente adulador de todo aquello que complacía a su élite cívica, económica y política¹³.

Los viajeros que llegan a Bilbao en los siglos XVIII y XIX son conscientes de los límites de la ciudad¹⁴. La ven menuda, ínfima, no siendo infrecuente que comparen el volumen de su vecindario con el de ciudades europeas y españolas, sobre todo con Madrid. Salvado el escollo, conscientes de que no se trata de una impostura categorizadora susceptible de desbaratar la entidad urbana de la villa, todos se felicitan de las prerrogativas que les ofrece Bilbao. Pronto comprenden que pueden vagar por sus calles sin perderse. De alguna manera, actúan como personajes baudelairianos, como *flâneurs* (paseantes) que respiran la atmósfera de una ciudad mutante y en perpetua ebullición. En muchos casos se trata de viajeros extranjeros que transitan o entienden su deambular por la geografía peninsular, siendo Bilbao una de sus escalas, como una experiencia cultural aleccionadora¹⁵. Lógicamente, tales personas no son unos cualquiera, artesanos errabundos en busca de trabajo o mendigos sin patria implorando la misericordia de la limosna, sino gentes que pertenecían al grupo de las élites sociales, económicas y políticas de Francia, Inglaterra,

¹³ Para el caso de Novia de Salcedo, véase A. Artiñano y Zuricalday, *Biografía del Sr. D. Pedro Novia de Salcedo, padre de provincia y primer benemérito del M.N. y M.L. Señorío de Vizcaya*. Imprenta de la viuda de Delmas. Bilbao, 1866; y para el conjunto de los historiadores vascos del último cuarto del siglo XIX, A.M. Fabié Escudero, *Estudio sobre la organización y costumbres del País Vascongado, con ocasión del examen de las obras de los Sres. Echegaray, Labayru, etc.*. Establecimiento Tipográfico de Fortanet. Madrid, 1897.

¹⁴ Las visiones generales pueden seguirse en J. García Mercadel, *En zig-zag. Por tierras vascas de España y Francia*. Sucesoras de Rivadeneyra. Madrid, 1927; J. Garate Arriola, *Viajeros extranjeros en Vasconia*. Buenos Aires, 1942; J.C. Santoyo, *Viajeros por Alava. Siglos XV a XVIII*. Vitoria, 1972.

¹⁵ Los motivos culturales no constituyen siempre los incentivos últimos por los cuales los viajeros extranjeros asumen emprender su peregrinaje a las tierras vascas o peninsulares. Hay razones económicas, de intercambio comercial entre los puertos de Bilbao y Londres, que explican y contextualizan determinadas narraciones viajeras, como la de J. Bramsen, *Remarks on the North of Spain*. G. and W. B. Witteraker. London, 1823. La intervención militar de las potencias europeas durante la primera carlistada también permitió a algunos de los oficiales movilizados calibrar y remedar sus experiencias personales en valiosos diarios que posteriormente fueron publicados, tal y como sucedió en el caso de J.F. Bacon, *Seis años en Vizcaya. Descripción de los sitios de Bilbao en Junio de 1835, de los de Octubre hasta Diciembre de 1836, y de los sucesos más notables ocurridos tanto en aquella villa, como en las cuatro Provincias Vascongadas desde 1830 hasta 1837*. Imprenta de Zenón de Garayoa. Bilbao, 1838; o en el de H. Wilkinson, *Apuntes paisajísticos y musicales de las provincias vascas, 1838*. San Sebastián, 1976. Para Alava, véase J.C. Santoyo, *La legión británica en Vitoria*. Vitoria, 1972.

Alemania, España, Italia, etc. Tal circunstancia hace que sus impresiones respondan al particular código de la cultura de la notabilidad y que sus literarias recreaciones urbanas sean con frecuencia tan subjetivas como fantasiosas. No obstante, con respecto a esta última aseveración debemos ser precavidos, evitando la calificación de una pauta estereotipada común a todos. No, no es una manera de proceder acertada. Hay viajeros-exploradores, capaces de convertir el Bilbao visitado en un laboratorio de investigación social, política, económica, en definitiva, histórica. Tal es el caso del alemán Humboldt o del inglés Fischer, sin duda meritorios sociólogos *avant la lettre*. Hay también viajeros-turistas, distantes y estructuradores, escépticos a la hora de imaginar siquiera la posibilidad de un descubrimiento en la retícula urbana que les pudiese convertir en *voyeurs* incorregibles, impelidos sin duda por la sensibilidad racional que propugnó la Ilustración. Tal sería el caso de Jovellanos, Bourgoing o Dembowski. Hay, finalmente, viajeros-ilusionistas y paseantes fantasiosos que elevan y construyen el paisaje urbano bilbaíno como un laberinto poderoso y seductor en el que no cabe la mediocridad de lo cotidiano ni los tonos oscuros de la pobreza. A este grupo pertenecerían Bowles, Laglance y las crónicas “anónimas” signadas por “Peter the Fable” y “D.M.V.D.R”. En todo caso, sea el que sea el compartimento descriptivo elegido, domina la recreación imaginada, un gusto narrativo por privilegiar los palacios frente a los talleres y tugurios y un énfasis nada desmedido por evocar la sociabilidad urbana de la cultura de la clase dominante, por lo demás casi siempre muy hospitalaria y deferente con todos ellos. ¿Cuál es, entonces, la relación de estos viajeros con el pueblo de Bilbao? Con contadas excepciones, no existe; quien puede revelarla, la escatima, y cuando se hace inevitable considerarla porque así lo determina el contexto, se minimiza o, sencillamente, se obvia. Para muchos de estos visitantes, la multitud pulula por la ciudad sin percatarse que son también los protagonistas de la misma. Al proceder así perfilan un Bilbao armonioso y carente de conflictos, postulando y reforzando otro paradigma de la legitimidad entre un imaginario urbano ordenado y una comunidad imaginada sumisa y desmovilizada, en resumidas cuentas, invisible. En tal sentido, no es casual que cuando aquéllos se refieren a actores sociales que ocupan concretos espacios cívicos y urbanos de la villa se ciñan siempre –vuelvo a reiterarlo– al patriciado local o a sectores privilegiados de su sociedad, a los que no dudan en caracterizar de dinámicos y activos, definiéndolos en última instancia como los únicos y genuinos promotores de la historia de la ciudad.

Durante las últimas décadas del siglo XVIII, y sobre todo a lo largo del siglo XIX, las élites políticas de las ciudades más importantes de las provincias vascas promovieron un arsenal documental y libresco que, por un lado, trataba de reflejar los aspectos más singulares y sobresalientes de cada localidad, recreando un imaginario urbano confluido por edificios nobles, leyes justas y una administración municipal eficaz, y, por otro, servía de guía operativa para un colectivo de viajeros, turistas y curiosos cada vez más nume-

roso¹⁶. Este corpus de identidades urbanas tenía la virtualidad de coincidir con los criterios de “civilidad” y “progreso” reivindicados por las emergentes y expansivas clases medias europeas y españolas, en un contexto histórico constitutivo del Estado Liberal y de la masiva economía libre de mercado, viéndose ensanchado y robustecido por tres circunstancias históricas capitales, a saber: en primer lugar, por el ansia de conocimiento y noticias que generaban las guerras carlistas y la cuestión foral; en segundo término, por la actitud liberal y de bastión adoptada por las capitales vascas en exclusiva, frente a un entorno rural particularmente conservador; y, finalmente, por la conformación de la costa vasca como un foco de atracción turística para el descanso, el ocio y el entretenimiento. Ni que decir tiene que la confluencia de todos estos factores será determinante a la hora de transformar el viejo imaginario urbano señorial y estamental por otro burgués y clasista. En tal sentido, el viaje turístico a las Vascongadas, acompañando a la corte isabelina, orleansista y napoleónica, acabó erigiéndose como una seña de identidad y distinción, de consumo cultural y político para unas clases dirigentes que eran capaces de simultanear el baño con el aprendizaje de algunas palabras euskaldunes, escuchar o leer con atención romántica cuentos campesinos y marineros en tertulias nocturnas, visitar palacios ruraliegos, extasiarse con los paisajes bucólicos de la tierra vasca, admirar arquitecturas religiosas, callejear por la red de villas menores de la costa o perderse en caminos de servidumbre para acabar en caseríos donde la hospitalidad de sus habitantes será gratificada con algunas monedas de vellón que los notables siempre harán tintinear en sus bolsillos¹⁷.

¹⁶ Para Vizcaya, véase *Compendio de los Fueros, usos, costumbres y leyes en Vizcaya, puestos en diálogo por un Vascongado amante de su País*. Imprenta de Pita. Madri, 1839; J. de Luna, *Memoria que contiene una estadística sucinta de Vizcaya*. Imprenta de N. Delmas. Bilbao, 1842; J.E. Delmas, *Guía histórico-descriptiva del viajero en el Señorío de Vizcaya, acompañada de láminas y de un mapa topográfico*. Imprenta y Litografía de J.E. Delmas. Bilbao, 1864; A. Cavada Méndez de Vigo, *Guía de Bilbao para 1882*. Imprenta de J.E. Delmas. Bilbao, 1882; etc. Para Guipúzcoa, D.I. de Egaña, *El guipuzcoano instruido en las Reales Cédulas, despachos y órdenes, que ha venerado su Madre la Provincia*. Imprenta de L. Riesgo Montero de Espinosa. San Sebastián, 1780; *Ayuntamiento de San Sebastián. Colección de reglamentos de policía urbana y otros ramos de administración pública de la ciudad de San Sebastián*. Imprenta de I.R. Baroja. San Sebastián, 1861; A. Laffitte Obineta, *Tierra euskera: excursiones, cuadros y notas de Guipúzcoa*. Imprenta y Casa editorial de E. López. Tolosa, 1886. Para Alava, *Guía de forasteros en Vitoria por lo respectivo a las tres bellas artes de pintura, escultura y arquitectura, con otras noticias curiosas*. (S.p.), (S.l.), (1765?). Para Navarra, F. Baraibar de Haro, *Diccionario para facilitar la inteligencia de estos Fueros*. Imprenta de Paulino Longas. Pamplona, 1815, etc.

¹⁷ J. Marchena, “Description géographique et historique des trois provinces dites Vascongadas: savoir de la Guipouscoa, de la Biscaye et de l’Alava, ainsi que du royaume de Navarre”, en *Annales des voyages, de la géographie et de l’histoire*, Vol. II (Paris, 1809), pp. 265-323; P. Lagarde, *Voyage dans le Pays Basque et aux Bains de Biaritz*. Audin. Paris, 1835; L.M. Elexaga, *Viaje pintoresco por las Provincias Vascongadas*. Delmas. Bilbao, 1846, esp. pp. 21-88; *Un vascongado. Manual del viajero en las Porvincias Vascongadas*. Est. Tip. de Mellado. Madrid, 1847; F. de Madrazo, *Una expedición a Guipúzcoa en el verano de 1848*. Imprenta de Gabriel Gil. Madrid, 1849; Ch. Bennebutte, *Guide de voyageur de Bayonne a St. Sébastien*. Imprenta de Veuve Lamaiguere. Bayona,

En todo este movimiento, que ocupa los años centrales del Ochocientos, la villa de Bilbao participó más bien marginalmente, pero no podemos minusvalorar u obviar que su mesocracia local sí se sumó al referido e incesante flujo viajero, constituyendo un fenómeno de alta significación formativa para la burguesía bilbaína, pues incidirá en la asunción de un nuevo imaginario de país, de una Vasconia hasta entonces mal vertebrada, en una readecuación de los parámetros del imaginario urbano local y en una redefinición de la comunidad imaginada; y todo ello en unas décadas caracterizadas precisamente por las transformaciones rápidas.

Los historiadores y viajeros del pasado, aquéllos que también contribuyeron a recrear las identidades de Bilbao, remedaron un discurso sobre la ciudad pletórico de convenciones y prejuicios culturales, que lejos de iluminar la contradictoria, plural y conflictiva construcción de la villa, se deleitó en alzar un imaginario urbano sobredeterminado por la estética y monumentalidad dominantes, por un paisaje urbano de referencias edificativas simbólicas y por un cosmos social de exclusiones. Pero ¿cómo podía ese modelo de imaginario urbano dirigista y de diferenciación social, al que con tanta frecuencia aludían –para legitimarlo– historiadores y viajeros, armonizar con su vecindario?, ¿cuál era la mecánica lubricadora que drenaba la correlación de ambas polaridades?. Para una mejor comprensión del texto cabe aquí avanzar algunas explicaciones. El habitante de Bilbao, durante los siglos modernos, vive en la historia, pero no hace historia. El imaginario urbano que patrocinan los notables sólo considera la comunidad, en ningún caso sus individualidades. Cuando éstas protagonizan hechos distintivos, aquéllos los repudian, calificándoles –dependiendo de las circunstancias y casuísticas– de quiméricos, sediciosos y una variopinta hez de adjetivaciones de semejante tenor. La identidad personal sólo se expresa por su carácter agregativo, por su dimensión corporativa y colectiva. Hasta bien avanzado el siglo XIX, el “bilbaíno común” estuvo subyugado o subsumido por la comunidad. Bien es verdad que esta identidad adscriptiva nunca fue estática, transformándose al compás de los cambios generados por las relaciones económicas, sociales, políticas y culturales que de forma progresiva impuso el desarrollo histórico de la villa. Efectivamente, en el campo jurídico consuetudinario y en la propia estructura social antiguo-regimental, los bilbaínos sólo contaban como miembros de conjuntos corporizados, de los que emanaban (según un corolario muy rígido de preeminencias y jerarquías) todas las entidades políticas básicas. Sólo a partir de este

1852; J.E.M. Cénac-Moncaut, *Voyag earcheologique et historique dans le Pays Basque*. . Th. Telmon. Tarbes, 1857; T. Ruiz Ogarrio, Manual descriptivo e histórico de la ciudad de san Sebastián, con un apéndice sobre los baños de la mar. Imprenta de I.R. Baroja. San Sebastián, 1857; F. Picatoste Rodríguez, *Excursión a las Provincias del Norte y al mediodía de Francia, seguido de una breve gramática y un vocabulario vascuence*. Imprenta de las Novedades a cargo de A. Querol. Madrid, 1866; etc.

juego de premisas quedaba expresado el orden doméstico familiar, que, con sus agregados, componía el orden comunitario. Grosso modo, la estructura ideológica de la comunidad imaginada puede condensarse de la siguiente manera: la sociedad bilbaína se constituye compartimentadamente, en corporaciones que registran identidades yuxtapuestas. Todo bilbaíno es natural y vecino de una calle concreta y está adscrito a una jurisdicción religiosa específica; también está inserto en el juego de relaciones laborales y productivas que potencia la ciudad. Si es mercader hallará cobijo, seguridad y expectativas en la Casa de Contratación; si es zapatero se encuadrará en el Gremio de San Crispín y San Crispiniano. Cada corporación comunitaria se expresa en consecuencia desde diferentes posiciones sociales, jurídicas, económicas, ideológicas, políticas y culturales, que nunca son simétricas sino graduables verticalmente, pero en ningún caso se les reconoce independencia doctrinal alguna. A los de dentro, a los naturales de la villa se les otorga un estatuto de singularidad propia, la carta de vecindamiento; a los de fuera, y dependiendo siempre de su estatus social, se les exigirá una filiación cultural plausible, los exámenes de limpieza de sangre e hidalguía. Un prodigioso calendario ritual, reactivado intensamente en la cotidianeidad de la villa, favorecerá la adscripción de los moradores al terruño, así como al *continuum* establecido entre la comunidad imaginada y el imaginario urbano¹⁸. Si partimos de estas consideraciones o si las tenemos en cuenta, podremos entender por qué los historiadores y viajeros que señalábamos líneas arriba son tan remisos a la hora de elaborar un discurso que hiciese visible a la multitud o que distinguiese sus componentes. Lo que ven, y así lo transcriben, es la organicidad corporativa comunitaria, al menos durante los siglos modernos.

En conclusión, ¿qué debemos retener de todo lo dicho hasta aquí?. ¿qué síntesis cabe expresar de las páginas precedentes?, o, yendo más lejos, ¿qué se esconde detrás del epígrafe que propongo y que he enunciado como las identidades de los imaginarios de Bilbao?. Intentaré en la respuesta ser claro y conciso: desde el siglo XVI son numerosas las descripciones que tratan de carac-

¹⁸ La constitución de la trama de base de la sociedad urbana europea correspondiente a la Edad Moderna y sus arquetipos jurídicos institucionales y corporativos tiene una historiografía enorme y reciente. Aquí sólo citaré algunas de las obras que he estudiado y/o que he considerado más idóneas para elaborar el presente ensayo, así como las líneas que contextualizan la presente nota: G. Rossetti (ed.), *Dentro la Città. Stranieri e realtà urbane nell'Europa del secoli XII-XVI*. Napoles, 1989; L. Ornaghi, *Stato e corporazioni. Storia di una dottrina nella crisi del sistema politico contemporaneo*. Milan, 1984; A. Black, *Community in historical perspective*. Cambridge, 1990; B. Clavero, *Tantas personas como estados. Por una antropología política de la historia moderna*. Madrid, 1986; A.M. Hespanha, *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*. Madrid, 1993; M. Rey, "Communauté et individu: l'amitié comme lien social à la Renaissance", en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, vol. XXXVIII (Paris, 1991), pp. 617-625; C. Langlois y Ph. Gonjard (Dirs.), *Les confréries du moyen âge a nos jours. Nouvelles approches*. Rouen, 1995; y D. Zardin (Dir.), *Corpi, fraternità, mestieri nella storia della società europea*. Roma, 1998.

terizar y definir la naturaleza urbana de la villa de Bilbao. Todas pretenden bosquejar la identidad, el carácter de la ciudad. En muchas domina la recreación; en algunas, la ensoñación; muy pocas objetivan la realidad histórica de la villa. Sin embargo, unas y otras constituyen diagnósticos puntuales de un imaginario urbano que secuencializa la historia de Bilbao desde sus orígenes remotísimos a un futuro de esplendor y gloria. Este imaginario urbano es muy redundante en los presupuestos que expresa y en las idealizaciones que evoca. Bilbao es ciudad no sólo porque sea una mera aglomeración de hombres, sino porque éstos habitan unos edificios bien alzados, transitan por unas calles y plazas correctamente delineadas, comercian con los más importantes centros marítimos del Occidente europeo, se surten en unos mercados intramuros que no conocen las carestías y son gobernados por unos notables celosos del interés y del bien colectivo. En esta urbe “inventada” se ubica, finalmente, una comunidad imaginada que sublima los enfrentamientos y conflictos, que acentúa la vocación integradora de sus habitantes y que tiene a gala auto-representarse como una *República Honrada*.